

*Secretos
y
escándalos*

LAURA WOOD

FANDOM BOOKS



Título original: *The Agency for Scandal*

1.ª edición: abril de 2024

© Del texto: Laura Wood, 2024

Publicado por acuerdo con Scholastic Children's Books,
una filial de Scholastic Limited.

Todos los derechos reservados.

© De la ilustración de cubierta: Mercedes deBellard, 2024

© De la traducción: Xohana Bastida, 2024

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2024

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

ISBN: 978-84-19831-01-9

Depósito legal: M-3120-2024

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Traducción de Xohana Bastida

FANDOM BOOKS

*Para Gen, Louise y Sophie:
hacer libros con vosotras es divertidísimo.*

«Tiene el corazón tesoros secretos,
joyas ocultas, calladas y umbrías:
sueños, placeres, ideas y anhelos
cuyo hechizo la luz disiparía».

CHARLOTTE BRONTË

Primera parte

LONDRES
Junio de 1897





Capítulo 1

Para buscar secretos y escándalos durante la temporada social de Londres, hay un terreno de caza incomparable: la ópera.

Todas esas personas apiñadas y ataviadas con sus mejores galas, fingiendo interesarse por los dramas que se desarrollan sobre el escenario cuando, en realidad, solo atienden a quien tienen al lado... Sin duda, se trata del caldo de cultivo perfecto para las intrigas.

Razón por la cual me encontraba yo allí.

La Royal Opera House siempre me ha parecido algo salido del escaparate de una confitería: todo molduras blancas y doradas, como si las rizadas hojas de acanto estuvieran hechas de pasta de azúcar y se pudieran comer. Por no hablar del brillante esplendor de los palcos (hasta ciento veintiuno), llenos de asientos de mullido terciopelo rojo y dispuestos en hileras con forma de herradura, bajo una cúpula de altura vertiginosa. Cuando el teatro está repleto, puede albergar hasta dos mil espectadores: dos mil pares de ojos inquisitivos, dos mil voces alegres que no dejan de chismorrear ni para tomar aliento. Algo digno de ver, desde luego.

—Mira, Izzy —dijo una voz muy cerca de mi oído—. ¿No es ese de allí el conde de Rathmore? Porque, si lo es, la que está a su lado está muy lejos de ser su esposa.

Teresa Wynter es mi mejor amiga desde hace dieciocho años, y entre sus muchas virtudes no se cuenta la de la sutileza. Si el timbre claro de su voz o el encanto contagioso de su amplia

sonrisa no hubieran sido suficientes para atraer las miradas, el amarillo definitivamente chillón del vestido que llevaba habría puesto remedio al problema («Iz, te aseguro que en casa de la modista parecía un amarillo pastel, de verdad...»). A esas alturas, abundaban las cabezas vueltas hacia el palco en el que nos encontrábamos para mirar en nuestra dirección. Aunque más bien debería decir «en su dirección», porque las miradas resbalaban sobre mí sin detenerse. Como de costumbre, yo era poco más que una sombra, un destello momentáneo que la sociedad solo veía de reojo. Lo cual, por otra parte, me venía de perlas.

Porque, para cualquiera que trabajara en una agencia secreta de investigadoras, ser invisible presentaba ventajas indudables.

—¿Cómo? —Aquella voz pertenecía a Louisa, la tía abuela de Teresa, que parecía haber vuelto a la vida por un momento y se había enderezado en su asiento de terciopelo rojo—. ¿Qué has dicho? —preguntó mirándonos con suspicacia. Cada vez que aterrizaba en el mundo real era para transmitirnos lo mucho que desaprobaba nuestros temas de conversación.

—Nada, tía —contestó Teresa con una sonrisa angelical.

Tras un bufido, Louisa volvió a su estado habitual de letargo. La tía abuela de Teresa era una dama de edad provecta, sorda como una tapia y con una tendencia inquebrantable a quedarse dormida en cualquier sitio; en otras palabras, la carabina perfecta para cualquiera, y más para alguien como Teresa. Mi amiga afirmaba desde siempre que había nacido con ochenta años de retraso, porque, si hubiera tenido la oportunidad, habría hecho todo lo posible por mantener una tórrida historia de amor con lord Byron. Yo no ponía en duda aquella afirmación; estaba segura de que Byron habría caído en sus garras sin saber cómo ni por qué.

—Yo no me preocuparía demasiado por lady Rathmore —le susurré a Teresa, una vez estuve segura de que su tía abuela se había vuelto a adormecer—. Dicen que está tan harta de las infidelidades de su marido que se ha ido a recorrer Europa en compañía de uno de sus sirvientes, al parecer joven y muy bien parecido.

Apenas podía disimular la satisfacción que me producía decir aquello, ya que había sido el satisfactorio resultado de uno de nuestros casos más difíciles. Lady Rathmore había acudido a la agencia en la que yo trabajaba, y, cuando al fin pude proporcionarle los materiales con los que chantajear a su promiscuo marido para que le otorgara libertad financiera, me sentí muy orgullosa de mí misma. Al fin y al cabo, era ella quien había aportado la fortuna de la que su esposo disponía con tanta alegría.

Teresa me miró boquiabierta.

—¿Cómo te las arreglas para saber siempre estas cosas?

—Tengo mis fuentes —respondí alisando la falda de mi vestido de color gris pálido. Si mi atuendo ya habría parecido mortecino en otras circunstancias, aún lo era mucho más allí, en la ópera, rodeada de mujeres vestidas con trajes que resplandecían sobre el terciopelo escarlata como gemas en la vitrina de una joyería.

Mi padre había muerto hacía ya dos años, pero, a pesar de las protestas de mi mejor amiga, yo no lograba hacerme a la idea de renunciar al medio luto.

Un instante más tarde, Sylla Banaji se deslizó del brazo de su padre, sir Dinshaw Banaji, en un palco enfrente del nuestro. Si bien Sylla no se dignó a mirar en nuestra dirección, hubo muchas cabezas que se giraron para observarla a ella. Vi como la luz de las velas destellaba en más de un par de gemelos, mientras sus portadores estiraban el cuello para divisar el atuendo de la bella hija del barón y para averiguar si la acompañaba alguien interesante.

A sus diecinueve años, Sylla, con su gracia natural y felina y su actitud despectiva hacia la buena sociedad, solía ser el centro de atención dondequiera que fuese. Contemplé cómo la gente la examinaba de arriba abajo, y oí el rumor de apreciación que provocaba su bella estampa. Su vestido, en tonos azules y plateados, le realizaba el brillo azabache del cabello y de la piel dorada, y también lo hacían los finos aros de plata que trepaban por sus muñecas.

—Qué... original —masculló una mujer a mi espalda con un tono tan desagradable como un vino avinagrado.

La posición social de Sylla, hija de lady Anne Stanton y de un hombre nacido en Bombay y educado en Oxford, era complicada. Por más que su padre fuera un oficial de caballería retirado, que había recibido el título de barón hacía más de una década gracias a su vasta fortuna y a sus obras filantrópicas (así como a su gran amistad con el príncipe de Gales), había mucha gente que jamás sería capaz de ver más allá del color de su piel... que era el mismo que el de su hija.

Los ojos de Sylla me enfocaron con gesto indiferente, se clavaron en los míos durante una fracción de segundo y se desviaron de nuevo. Fue suficiente para que captara su mensaje a la perfección: «Ni se te ocurra echar esto a perder».

Contuve un suspiro. Aunque no tenía por costumbre cometer errores, Sylla me seguía tratando como a la principiante inexperta que yo había sido medio año atrás. Saqué el reloj de bolsillo de mi padre del bolso de mano, donde compartía espacio con un frasquito de perfume, un abanico y un pañuelo. Quedaba más de media hora para el inicio de la representación; teníamos tiempo de sobra.

Hojeé mi programa de mano, empeñada en disimular mi impaciencia. Ya había visto *Manon Lescaut*, cerca de tres años atrás, en su estreno en Covent Garden. En aquel momento yo tenía dieciséis años, mi padre estaba vivo y habíamos presenciado la representación desde el palco reservado para mi familia. Ya no lo teníamos; cuando la gente me preguntaba, yo respondía que el amante de la ópera era mi padre, y que, tras su muerte, no tenía sentido conservar el palco. En realidad, mis ingresos estaban muy lejos de permitírmelo.

En aquella época, lo único que hacía un día tras otro era elegir vestidos de fiesta, abrir los ojos de par en par y buscar marido. Ahora, todo aquello me parecía muy lejano, como si le hubiera ocurrido a otra persona. En realidad, para ser sincera, apenas lo echaba de menos. Sí, por supuesto que habría dado lo que fuese para tener a mi padre junto a mí. Pero el resto... En fin, digamos que mi vida actual era mucho más interesante.

—¡Ay, me encanta ese tono de rosa! —exclamó Teresa, devolviéndome de golpe a la realidad—. ¿Crees que me sentaría bien?

Seguí la dirección a la que apuntaba su dedo hasta distinguir un vestido horroroso, con un color a medio camino entre el violeta y el salmón.

—A ti todo te sienta bien —respondí, en parte por diplomacia y en parte porque lo pensaba de verdad.

Teresa resopló, aunque, en el fondo, sabía que le había encantado mi respuesta.

—Para el baile de la casa Devonshire voy a ir de rosa, pero es un tono mucho más claro... ¿Crees que habré acertado? —preguntó, y me miró con la cabeza inclinada—. Quizá debería volver a hablar con mi modista...

—Deja tranquila a esa pobre mujer, anda —la corté—. Ya he perdido la cuenta de las veces que has cambiado de opinión sobre ese vestido.

—¡Es que va a ser el acontecimiento de la temporada! —replicó indignada—. O de la década, más bien. La verdad es que creo que no le estás dando la importancia que se merece; ¡recuerda que va a ser una fiesta de disfraces! He oído decir que el duque de Marlborough se ha gastado cinco mil francos en un traje de la sastrería House of Worth... ¡No puedes presentarte allí con cualquier trapo viejo!

Me encogí de hombros por toda respuesta. Dado que nadie iba a mirarme dos veces en esa fiesta, no me parecía muy importante preocuparme por mi atuendo. Al ver mi gesto, Teresa chistó irritada, pero dejó pasar la discusión para volver a centrarse en el público del teatro.

De pronto, noté que se me erizaba el vello de la nuca, y un escalofrío me recorrió la piel. No me hizo falta girar la cabeza para saber a qué se debía.

Max Vane acababa de llegar.

Los ojos de Teresa se fijaron en un punto a mi espalda, y su expresión se ablandó.

—Creo que nunca he visto a nadie tan extremadamente guapo como ese hombre —susurró.

Volví la cabeza sin ser apenas consciente de ello, y sentí una vez más el estremecimiento que me provocaba siempre ver a Max. A esas alturas, ya debería haberme acostumbrado (al fin y al cabo, lo veía a menudo en los eventos sociales), pero, cada vez que posaba los ojos en su figura, me recorría una sacudida a medio camino entre el placer y el dolor. Max estaba de pie en el umbral de su palco, situado junto al de la reina y a solo dos plazas del de Sylla. Estaba impecable con su levita negra de corte perfecto y su chaleco de seda, negro también. Recorrió el teatro con una mirada indiferente, como si no le impresionase nada de lo que veía en él.

A esas alturas, yo llevaba ya año y medio enamorada de Max Vane. Él, por su parte, ni siquiera parecía ser consciente de mi existencia.

El comentario de Teresa sobre él era absolutamente merecido. Max Vane semejaba una estatua de un héroe griego de la antigüedad: altura imponente, anchos hombros y una musculatura que ninguna levita podía ocultar, por impecable que fuera el corte. Las proporciones de su rostro eran perfectas, con aquella mandíbula cuadrada y aquellos labios generosos que solía mantener cerrados en una expresión firme. El cabello, rubio y ondulado, siempre estaba algo más corto de lo que dictaba la moda en aquel momento.

Y, a pesar de todo aquello, lo primero en lo que se fijaba quien miraba a Max Vane era en sus extraordinarios ojos, de un verde cálido y profundo que parecía emitir destellos. Eran unos ojos que podían inspirar poemas... a aquellas personas con inclinaciones poéticas, claro está. (Yo solo lo había intentado una vez, y el desastroso resultado había sido engullido de inmediato por las llamas de la chimenea de mi cuarto).

—Es una pena que sea tan serio y formal —reflexionó Teresa en voz baja—. Creo que nunca le he visto esbozar una sonrisa...

Yo sí que lo había visto. De hecho, incluso le había visto reír.



Capítulo 2

Hacía un año y medio de aquello, y yo acababa de reintegrarme en los eventos de sociedad tras salir del luto. Antes de la muerte de mi padre, los acontecimientos sociales me producían un sentimiento ambivalente: en su gran mayoría, me parecían trámites necesarios pero tediosos. Ahora, esos mismos eventos me producían una claustrofóbica sensación de asfixia. Aquellos salones llenos de ojos escrutadores me provocaban un pánico burbujeante en el pecho que yo no entendía ni sabía cómo dominar. Además, cada vez era más consciente de los apuros económicos que nos acechaban a mi madre, a Henry y a mí, y la preocupación acuciante sobre nuestro futuro, con mi madre enferma y Henry aún en el colegio, me quitaba el sueño todas las noches.

Una tarde cualquiera, me encontraba en el salón de baile de una mansión en Kent, asistiendo a una fiesta junto a otras doscientas personas.

La atmósfera, calurosa y agobiante, me hacía sentir como si mi propia piel me quedase pequeña. Teresa no había asistido, y yo llevaba casi toda la velada metida en un rincón oscuro, sujetando un vaso de limonada tibia con una mano y abanicándome con mi intacto carné de baile en la otra. Al final, incapaz de soportar aquello ni un minuto más, me escabullí al exterior. No era adecuado que una jovencita se paseara por el jardín de noche, y menos estando sola, pero tampoco es que hubiera nadie atento a lo que yo hacía o dejaba de hacer.

Respiré con ansia el aire fresco, como si fuera agua fría y yo estuviera sedienta. Luego me interné en la oscuridad alejándome

del rumor y las luces de la fiesta, invisible y furtiva gracias a mis zapatillas de baile. Con cada paso que daba para separarme de aquella sala, mi pecho parecía expandirse. Pronto llegué a un arroyo, y lo fui bordeando hasta una zona en la que se ensanchaba y formaba una balsa. El agua corría con placidez, plateada a la luz de la luna. Me empapé de la calma que flotaba en el ambiente y noté que mi respiración se tranquilizaba y mi espalda perdía la tensión.

Hasta que una voz profunda atravesó el aire nocturno:
—Ven aquí.

Aquella orden brusca me dejó petrificada. Me volví hacia el origen de la voz, con una respuesta indignada a punto de salir de mis labios; pero antes de que llegase a pronunciarla, me di cuenta de que quien la había pronunciado se encontraba al otro lado de un grueso roble, y de que, en realidad, la orden no iba destinada a mí.

Me asomé con sigilo por el tronco y descubrí a Maximillian William Spencer Vane, octavo duque de Roxton. De pie frente al agua, observaba algo con el ceño fruncido.

En aquel momento, yo aún no estaba enamorada de Max Vane. En más de una ocasión, por supuesto, lo había divisado al otro lado de algún salón de baile, y me habían llamado la atención el aura de poder y privilegio que parecía rodearlo y la forma en que la gente revoloteaba a su alrededor como polillas atraídas por una llama. En todo caso, por más que asistiéramos a las mismas fiestas, nuestros círculos sociales eran muy diferentes. Entre la posición de un duque y la de la hija de un barón mediaba una enorme distancia, y Vane, con su actitud adusta e imponente y su fama de respetar estrictamente las normas del decoro, parecía muy consciente de su lugar en la sociedad.

Intrigada por saber qué hacía allí y a quién se dirigía su orden, me acerqué con sigilo. De pronto, oí un gemido agudo y me di cuenta de que algo más allá había un chucho de raza indeterminada. Estaba plantado en medio de la corriente, como si hubiera empezado a cruzar y se hubiera quedado petrificado por

el miedo. Tembloroso e inmóvil, gemía como si no se viera capaz de atravesar a nado la parte más profunda ni de retroceder.

Vane exhaló un suspiro profundo.

—Ven aquí, anda —insistió.

Las orejas del perro se irguieron, pero ese fue el único cambio: seguía tembloroso, gimiendo cada vez más fuerte.

—No me hagas entrar para rescatarte, anda —le pidió Vane con una voz profunda y cálida que transmitía toda la confianza en sí mismo de alguien de su posición social—. Si me mojo, a mi ayuda de cámara le dará un ataque.

El chucho permaneció donde estaba, y yo tuve que morderme el labio para contener una carcajada.

Vane suspiró de nuevo, se agachó y empezó a desatarse los zapatos. Los ojos se me abrieron como platos cuando cobré conciencia de que el joven más guapo del país (además del soltero más codiciado de aquella temporada y, previsiblemente, de todas las siguientes) había empezado a desnudarse ante mí.

No mires, me advirtió mi mente con severidad. *No debes mirar bajo ningún concepto.*

(Por increíble que parezca, aún no hemos llegado a la parte del relato en la que me enamoré de él).

En ese momento, el perro pareció encontrar en su interior una reserva de coraje oculto y, con una especie de aullido de guerra, dio un salto y echó a correr por el arroyo en dirección a Vane.

A este, que estaba con los pantalones a medio bajar, solo le dio tiempo a girar la cabeza antes de que aquella mole peluda, mojada y llena de barro se abalanzara sobre él entre ladridos de alegría, derribando a su potencial rescatador y haciéndolo caer de espaldas con un chapoteo pastoso.

Sin más, el ingrato chucho desapareció brincando en la oscuridad y dejó al mismísimo duque de Roxton tirado en el lodo.

No sé qué reacción me esperaba ver en ese momento. ¿Ira? ¿Irritación? ¿Un arranque de frustración, quizá? Si algo tenía claro era que los duques tenían su dignidad muy presente. Lo más

probable en ese momento era que Vane gritara una sarta de improperios y maldijera al menos un par de veces al animal desaparecido.

Pero, en lugar de hacer eso, este duque concreto echó la cabeza hacia atrás, pringándose aún más de lodo al hacerlo, y soltó una carcajada. Su risa era tan atractiva como el resto de su persona, con un comienzo grave, como un gruñido, que se elevaba hasta convertirse en una cascada cálida y despreocupada.

Y ahí fue donde ocurrió. En ese preciso instante, me sacudió un estremecimiento.

Fue algo tan repentino e inesperado que me llevé la mano al pecho, esperando casi que los latidos de mi corazón hubieran cambiado.

Allí tirado en la orilla, riéndose de sí mismo a grandes carcajadas, el duque de Roxton perdió su título y, para mí, pasó a convertirse en Max.

Enamorarse de forma repentina e involuntaria de una persona que ni siquiera sabe que existes es un acontecimiento abrumador y ciertamente incómodo. Apenas consciente de lo que hacía, me di la vuelta y eché a andar con rapidez por donde había llegado.

La risa de Max se interrumpió.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —exclamó.

Yo apuré el paso sin contestar, ansiosa por volver a la fiesta. Mi cerebro aún estaba tratando de asimilar la extraña avalancha de emociones que había despertado el sonido de una carcajada, que, por más agradable que fuese, no dejaba de ser algo de lo más normal.

Un rato después de la extraña escena, vi desde la penumbra de mi esquina cómo Max entraba de nuevo en el salón de baile, con el traje immaculado y ni un solo cabello fuera de sitio. No tengo ni idea de cómo lo consiguió; supongo que los duques poseen recursos que los demás mortales desconocemos. En todo caso, nadie supo jamás lo que había ocurrido en el arroyo... Nadie salvo yo. Durante el resto de la fiesta, Max mantuvo su

actitud severa y silenciosa, y no pude evitar el sentimiento de que haber oído su risa me acercaba a él de una forma extraña.

En el fondo, estaba asombrada de la rapidez con la que me había prendado de él. Reflexioné sobre el extraño incidente, dándole vueltas como si fuera un rompecabezas que pudiera recomponer si le ponía empeño. Desde mi vergonzoso escondrijo detrás del árbol, había presenciado cómo un duque caía de espaldas en un charco de lodo, y eso había hecho que... ¿me enamorase de él? No, la idea era ridícula. Hasta ese momento, yo siempre había sido una persona razonablemente sensata. Ni siquiera creía en aquella noción del amor que golpeaba a las personas como un flechazo en el corazón.

Por otra parte, al menos aquello significaba que volvía a sentir... algo. Tras el dolor de perder a mi padre y la terrible sorpresa que me había provocado el desastre financiero en que nos había dejado, aquel flechazo inesperado se me antojaba providencial. Era un sentimiento nuevo que, al menos, había logrado traspasar la coraza de pena y pánico que me envolvía. A pesar de la certeza de que mi amor no sería correspondido, empezaba a sentir el familiar cosquilleo de algo que llevaba tiempo añorando: la esperanza.

Pero aquella velada aún me proporcionó otro momento providencial: también fue la noche en que conocí a Sylla.

—¿Sabes qué? Retiro lo dicho —dijo Teresa con voz entrecortada, devolviéndome con un sobresalto a aquel teatro en el que aún tenía una tarea que cumplir—. El hombre más guapo que he visto nunca es ese otro.

Miré a mi amiga: su espalda se había enderezado como impulsada por un resorte, y sus ojos estaban clavados en un joven que había aparecido junto a Max. Arrugué el entrecejo; aunque era atractivo, con su pelo de un castaño rojizo, su barba bien recortada y sus ojos risueños, no había duda de que había en la sala varios hombres objetivamente más guapos que él. Aun así, mi

amiga tenía la expresión de alguien que está escuchando un coro de voces celestiales. Me pregunté si yo habría tenido el mismo aspecto aquella noche, escondida detrás del roble.

En ese momento, el recién llegado movió la cabeza hacia nosotras y su mirada se encontró con la de Teresa. Ella esbozó una sonrisa y, cuando él correspondió con otra, a mi amiga se le escapó una exclamación ahogada. Por un momento, él pareció aturdido, pero enseguida se volvió hacia Max para decirle algo. Max nos miró, y el pulso se me aceleró... Pero sus ojos no se detuvieron en mí, sino en Teresa. Luego, los dos se dieron la vuelta y salieron del palco.

Teresa exhaló un largo suspiro.

—Izzy —balbuceó con voz aguda—. Izzy, ¿has visto lo que...?

—¡Claro que lo he visto! —repuse risueña.

Mi amiga dejó escapar una risita y se abanicó con su programa.

—¿Quién crees que será?

Su duda duró muy poco. Un momento después, las dos nos giramos al oír un ruido a nuestra espalda y vimos a Max y a su acompañante. Me puse en pie, atónita, dejando caer el bolso de mano que tenía en el regazo. Teresa se incorporó de golpe también, con la cara iluminada por una sonrisa de oreja a oreja.

—Señorita Wynter —la saludó Max, con aquella voz agradablemente rasposa que me provocaba un extraño cosquilleo en el estómago—. Espero que disculpe nuestra irrupción...

Max conocía bien a mi amiga, por supuesto; al fin y al cabo, era amigo de Nick, el primo de Teresa, que acababa de obtener el título de conde de Wynter. Gracias a eso, yo había podido conversar con él en más de una velada. Pero Max jamás se acordaba de mí de una ocasión para la siguiente, lo cual me producía una singular mezcla de desencanto y diversión.

—Excelencia —ronroneó Teresa, sin despegar la mirada de un punto situado detrás de él—, estamos encantadas de recibirlos; les aseguro que su irrupción es más que bienvenida.

Contemplé la escena con interés, esforzándome por ignorar la calidez que inundaba todos mis miembros cada vez que me

hallaba en presencia de Max. Tal vez hubiera caído presa de un amor imposible, pero me negaba a permitir que ese sentimiento me sorbiera el seso.

Max recorrió el palco con la mirada y se detuvo en la tía abuela Louisa, que seguía como un tronco (de hecho, de vez en cuando se le escapaba un leve ronquido de entre los labios). En su rostro apareció un destello de duda que comprendí de inmediato: las doncellas como nosotras debían observar las reglas del decoro, y no iba a ser él quien las rompiera.

—No deberíamos despertarla —susurró Teresa con un mohín travieso—. Si la interrumpimos mientras echa la siesta, se pondrá de un humor de perros, aunque sea un duque quien la despierte.

Max frunció el ceño, pero su acompañante resopló con una carcajada contenida.

—Señorita Wynter —dijo Max, rígido—, permítame presentarle al señor James Saint Clair, un buen amigo mío.

Saint Clair dio un paso al frente, tomó la mano de Teresa y se inclinó.

—Es un placer conocerla, señorita Wynter —afirmó.

Lo contemplé con aprobación. Para empezar, el tal Saint Clair parecía el extremo opuesto al estereotipo de caballeros melancólicos y románticos al estilo de lord Byron. Parecía un hombre sólido, fiable; todo en él, desde su forma de moverse hasta su entonación y el brillo de sus ojos, sugería una capacidad extraordinaria para encontrar el humor en cualquier situación. Hasta ese momento, el gusto de Teresa en materia de hombres se había inclinado más por sujetos con aspecto de dormir en ataúdes dentro de castillos transilvanos, almorzar sangre de vírgenes y arder en la crepitante intensidad de sus interminables (y pésimos) poemas.

Y, sin embargo, mi amiga contemplaba a aquel hombre de aspecto perfectamente normal con la misma expresión que ponía cuando, de pequeñas, nos ofrecían ir a tomar el té en Gunter's. De hecho, incluso me parecía posible que, puesta a elegir entre

James Saint Clair y un helado de fresa, mi amiga eligiera lo primero.

—El placer es mío, caballero —respondió Teresa con una desenvoltura nacida de sus muchos años de coqueteo.

Los dos se quedaron congelados por un instante, con las manos aún agarradas, hasta que Max carraspeó.

Menudo aguafiestas...

James, ligeramente ruborizado, soltó los dedos de Teresa, quien se volvió hacia mí con las mejillas encendidas.

—Estoy segura de que recordarán a mi querida amiga Isabel Stanhope —comentó, dedicándome una sonrisa cargada de intención; aunque yo jamás le había dicho nada de mi interés por el duque de Roxton, Teresa lo sospechaba desde hacía tiempo y disfrutaba tomándome el pelo.

—Encantada, señor Saint Clair —repose con una inclinación—. Excelencia...

Los dos caballeros correspondieron a mi saludo, aunque era evidente que Max no se acordaba de mí. Me tragué un suspiro de decepción y me recordé a mí misma que ser anodina y olvidable era un componente fundamental de mi trabajo.

Hablando de lo cual... Busqué a Sylla con la vista y la descubrí mirándome con una expresión cuyo significado podía descifrarse sin gran dificultad: *Deja de entretenerte con tipos irrelevantes y ponte a trabajar ya mismo.*

En realidad, tenía razón. Miré hacia la platea y vi que mi objetivo se había dignado a aparecer por fin. Una oleada de adrenalina me invadió; aquel siempre era mi momento favorito.

—Si me excusan —dije volviéndome hacia Max con una sonrisa inocente—, acabo de ver a una persona con la que necesito conversar antes de que dé comienzo la representación.

Tanto Teresa como él me miraron con asombro, y supuse que el soltero más codiciado del país no estaba acostumbrado a que las damas casaderas se ausentaran de repente cuando él accedía a hacerles una visita.

—Vuelvo enseguida, te lo prometo —le dije a Teresa mientras echaba a andar—. Estaré de regreso antes de que se alce el telón.

—Creo que se le ha caído el bolso de mano —dijo Max.

Me volví hacia él y tomé la bolsita de seda que me tendía. Por una fracción de segundo, mis dedos rozaron los suyos y, a pesar de los guantes, el contacto me hizo sentir un calambrazo que llegó hasta las plantas de mis pies. Nuestras miradas se encontraron y, durante un momento glorioso, me permití disfrutar de su atención sin reservas. Eché un vistazo furtivo a sus labios y recordé cómo se habían curvado en una sonrisa y luego en una risa franca.

—Se lo agradezco —logré decir y, con una inclinación apresurada, me escabullí al pasillo.

Era hora de trabajar.



Capítulo 3

Entré en la platea y me abrí paso entre la multitud. Allí abajo hacía mucho más calor que en los palcos. Casi todo el mundo estaba de pie, hablando y bebiendo. Distinguí a mi objetivo a cierta distancia: se encontraba en un corro, rodeado de estudiantes evidentemente achispados. Me detuve un momento para examinarlo y vi que se balanceaba de forma casi imperceptible. En la mano tenía un vaso mediado. Excelente, eso me facilitaría mucho las cosas.

Volví a consultar mi reloj. Eran casi las nueve; ya debería haber...

Ajá; algo más allá, como si se hubiera materializado de repente, acababa de aparecer Maud, una de mis compañeras de trabajo. Llevaba un traje de escote generoso y una buena dosis de colorete en las mejillas, y su melena pelirroja caía en un moño medio deshecho. Avanzó serpenteante, como si siguiera el ritmo de una melodía que solo ella pudiese oír, despertando miradas codiciosas a su paso. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, me dedicó un guiño fugaz y desvergonzado.

Nuestro objetivo del día, el señor Wyncham (un joven de veinticuatro años que, según nuestras informaciones, había empezado a relacionarse con amistades nuevas y poco recomendables), ya había caído en las redes de Maud. Se volvió hacia ella y contempló sus caderas ondulantes, con una expresión de lascivia mal disimulada. Maud soltó una risita (una carcajada aguda e insinuante que jamás habría salido de su boca en condiciones

normales) y la sonrisa de Wyncham se ensanchó. La escena era casi dolorosamente previsible.

Sin cambiar el ritmo de mis pasos, me aproximé a los dos y, justo antes de llegar a su altura, fingí que tropezaba. Frené mi caída con el brazo de Wyncham, derramando el contenido del vaso en la pechera de su camisa.

—¡Ay, cuánto lo siento! —exclamé—. Qué patosa soy... ¡Oh, cielos, he derramado su bebida sin querer! Mi tía siempre me dice que tengo que mirar donde piso porque, en cuanto hay una grieta o un bache, tropiezo y nunca sé dónde voy a aterrizar —parloteé, aferrando el brazo de Wyncham mientras Maud se acercaba más aún.

Hacía tiempo que sabía que, cuanto más hablaba de cosas intrascendentes, menos atención me prestaban mis oyentes, sobre todo los del sexo masculino.

—No ha sido nada —me cortó Wyncham sin apenas mirarme a la cara.

Busqué de nuevo los ojos de Maud y vi que asentía con disimulo.

La carta que buscábamos no estaba en los bolsillos exteriores de Wyncham, de modo que tenía que encontrarse en el interior de la chaqueta. La evalué de un vistazo; estaba bien familiarizada con aquel tipo de prendas, y vi enseguida que esta, aunque de buen corte, era antigua y tenía más de un remiendo. Aun así, le encajaba a la perfección, lo cual eliminaba la posibilidad de un bolsillo oculto. Eso solo dejaba una posibilidad: el documento tenía que hallarse en el bolsillo interior de la pechera, a la izquierda.

Me llevé la mano al corazón, y Maud pilló la seña al vuelo.

—Caballero, deje que le ayude a secarle —ronroneó, acariciando la parte frontal de la chaqueta.

Yo aproveché el momento de distracción para sacar de mi bolso de mano un pañuelo que había rociado de «perfume» antes de bajar a la platea. Mientras nuestro objetivo reía, encantado con las atenciones de Maud, ella extrajo la carta del bolsillo

interior, ocultó la mano entre los pliegues de su falda y me pasó el papel. Lo cubrí con el pañuelo, apreté ambas cosas contra mi vientre, aprovechando la firmeza del corsé para ejercer presión, y conté en silencio hasta tres, rogando para mis adentros que el último invento de Winnie funcionase. Luego le devolví la carta a Maud, quien volvió a introducirla en el bolsillo de Wyncham sin gran dificultad; no sé qué estaría susurrándole al oído, pero, desde luego, a él no parecía importarle nada que lo toquetease.

La operación apenas duró unos segundos. Aun cuando Wyncham llegase a sospechar lo que había ocurrido, estaba segura de que jamás podría reconocer mi cara.

Sonó un timbrazo: la representación estaba a punto de comenzar. Mientras caminaba hacia mi asiento, saqué del bolso unas varillas plateadas de abanico, las desplegué, enganché mi pañuelo en los bordes y las cerré con un golpe seco. Aquella era otra de las creaciones de Winnie.

Al pasar junto al palco de Sylla, la vi aparecer en el umbral.

—No, no; estoy segura de que se me cayó por aquí y no quisiera perderlo. Es uno de mis favoritos... —dijo mirando hacia atrás.

—¿Está buscando esto, señorita Banaji? —pregunté mientras le ofrecía el abanico, e hice una inclinación.

Los dedos de Sylla se curvaron alrededor de las varillas, que combinaban perfectamente con su vestido. Lo abrió con un gesto grácil, lo examinó brevemente y lo volvió a cerrar.

—En efecto, señorita... —respondió agachando la cabeza para observarme.

—Stanhope —completé.

—Muchas gracias, señorita Stanhope —repuso ella con languidez, y, sin más, se giró para regresar al palco—. ¡Lo encontré! —exclamó, sin molestarse en mencionar mi participación.

Yo continué hasta llegar a nuestro palco, abrí la puerta con sigilo y me dirigí de puntillas a mi asiento.

—¿Dónde te habías metido? —susurró Teresa con los ojos abiertos de par en par—. ¡Se han quedado casi diez minutos y es

un hombre maravilloso y no se lo he podido contar a nadie aún! —dijo de corrido, y señaló la butaca en la que su tía abuela dormía con la boca entreabierta.

No me hacía falta preguntarle a quién se refería con aquello del «hombre maravilloso».

—¡Amor a primera vista! —me reí.

Teresa suspiró y se dejó caer en su asiento, con una sonrisa beatífica en los labios.

Conociendo el carácter de mi amiga, que había llegado a enamorarse hasta tres veces en una sola temporada, yo no estaba muy segura de la solidez de aquel arrebató. Sin embargo, Saint Clair me había caído bien desde el primer momento, y mi habilidad para calibrar a las personas solo con verlas se había afinado mucho a lo largo del año anterior.

—Me alegro de que te guste —comenté—. Hasta ahora, les has echado el ojo a tipos mucho más estúpidos que él.

—¿Echar el ojo? —Teresa arrugó la nariz en una mueca indignada—. ¡No le he echado el ojo, me he enamorado! Izzy, amiga mía, tenemos que encontrar a alguien para que vivas una apasionada historia de amor. Eres siempre tan sensata y tan... tan... alegre... ¡Tu actitud no resulta nada poética!

—Estoy segura de que existen muchas poesías alegres —repliqué complaciente—. Piensa en los narcisos de Wordsworth, por ejemplo; no hay nada más alegre que un narciso, ¿no crees?

Teresa soltó un bufido que interpreté como una crítica corrosiva del talento como poeta de Wordsworth. Suspiré satisfecha: había logrado desviar su atención.

Por suerte, la conversación se cortó de golpe cuando las luces del teatro se amortiguaron. Las voces se fueron apagando hasta que reinó el silencio. Busqué a Wyncham con la mirada y lo localicé enseguida; Maud, por su parte, había desaparecido. Mientras lo observaba, se llevó la mano al pecho con expresión ausente y palpó el exterior del bolsillo en el que estaba la carta. Tras comprobar que el papel seguía ahí, se arrellanó en su asiento.



UNA AGENCIA DE DETECTIVES VICTORIANAS QUE DESVELARÁN TODOS LOS SECRETOS DE LONDRES

Isobel Stanhope tiene muchos secretos: sus sentimientos por cierto duque que ni siquiera sabe que ella existe, el hecho de que su familia, aunque haya conseguido ocultarlo, está arruinada... y, por supuesto, su trabajo en La Pajarera, una agencia de detectives especializada en airear los trapos sucios de los hombres más poderosos de Inglaterra.

El nuevo caso de Izzy lo tiene todo: engaños, chantaje, joyas desaparecidas... y también involucra a su querido duque. ¿Serán ella y sus compañeras de agencia capaces de desentrañar la red de secretos y mentiras de la alta sociedad londinense?



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es